

# EL CRONOTOPO IDÍLICO

## EN LA NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS

Jorge Rojas Otálora\*

### Introducción

Aunque existen múltiples valoraciones sobre *La Navidad en las montañas*, de Ignacio Manuel Altamirano, las diversas opiniones se organizan alrededor de un elemento común: el carácter emblemático de esta obra. Para María del Carmen Millán (1989: XVIII) por ejemplo, es “símbolo de concordia nacional”; mientras que para Nicole Girón (1981:15) es “obra emblemática del liberalismo”. Por su parte Rogelio Rodríguez Coronel (1978: 506) señala que

En la navidad en la montaña [sic] se funden la descripción del paisaje y la reflexión moral para ofrecer la realidad que postula Ignacio Manuel Altamirano. La lucha de clases de la Guerra de Reforma desaparece para dar lugar a una sociedad armónica, donde cada uno de sus miembros tiene una función específica en bien del desarrollo del país.

\* Universidad Nacional de Colombia.

Considerando que la explicación emblemática es insuficiente en la medida en que no da cuenta de la poética del texto, este trabajo se orienta en un sentido más amplio pues pretende destacar la imagen del hombre que se expresa en la novela de Altamirano, construida a partir de la relación que se establece entre el ritmo de la vida humana y el movimiento de la naturaleza.

Mijail M. Bajtin (1989:375) desarrolla una amplia y cuidadosa tipología de la novela revisando textos narrativos desde la antigüedad hasta comienzos del siglo XX; según su estudio, un tipo muy importante de novela se organiza a partir de lo que denomina cronotopo idílico; este tipo de novela intenta restablecer la antigua concepción de la sociedad fundada en un tiempo folclórico. El idilio en la literatura presenta, entonces, una serie de rasgos comunes tales como una especial relación del tiempo con el espacio en la medida en que hay una fijación de la vida y de sus acontecimientos a un cierto lugar con todos sus aspectos. De otro lado, el idilio se limita a algunas realidades fundamentales de la vida como el amor, el trabajo, el matrimonio, la comida, etc. consideradas partes esenciales de la existencia, aunque presentadas en forma atenuada y sublimada gracias, precisamente, a su elaboración estética. También hay en el idilio una estrecha combinación de la vida humana con la naturaleza estableciéndose un lenguaje común para unos y otros. Aparece así el lenguaje metafórico del idilio.

### El idilio del trabajo agrícola

Es evidente que en *La Navidad en las montañas*, considerada como novela regional, aparece un idilio del trabajo agrícola, al cual se asocia un idilio amoroso, según la terminología pro-

puesta por Bajtin. La novela se desarrolla en el marco de una región perfectamente definida que constituye un microcosmos limitado y autosuficiente en cuyo seno se percibe una notable unidad en la vida, tanto de los individuos como de las generaciones. Toda esta situación se encuentra determinada por la unidad de lugar.

Esquematizando un poco se puede afirmar que *La Navidad en las montañas* tiene tres partes más o menos diferenciadas. En la primera parte, capítulos I al IV, se hace una melancólica descripción de la naturaleza, enlazada con los recuerdos infantiles y juveniles de un capitán, quien funciona como punto central de la perspectiva narrativa, en relación con las celebraciones navideñas. Al mismo tiempo, se hace una vaga ubicación del protagonista como oficial reformista perseguido. En la segunda parte, centrada en la persona de un cura español y que corresponde a los capítulos V al X, se combina el discurso progresista con la alabanza de la vida campesina y la armonía social. Finalmente, la tercera parte, capítulo XI, se desarrolla alrededor de una breve pero intensa historia de amor que culmina con los mejores augurios.

La distribución temática, que aparentemente no tiene mayores pretensiones ni demasiadas complicaciones, adquiere un sentido particular cuando se reflexiona sobre los elementos metafóricos que enlazan las tres partes. En efecto, la melancólica presentación del atardecer, con la que se inicia la obra, es travesunto del estado de ánimo del capitán; el oficial, a pesar de no ser cristiano practicante, creció en un ambiente religioso en el cual los valores y tradiciones familiares se destacaban por encima de los aspectos puramente ideológicos de los ritos católicos. La naturaleza se convierte así en precisa representación de la emotividad del soldado.

De otro lado, el contraste entre el capitán y el cura español no hace más que resaltar las bondades de la tolerancia y de la convivencia pues todo el discurso se enmarca en la presentación del pueblo y del progreso derivado de la convivencia pacífica y laboriosa, en medio de una naturaleza exigente. Por su parte la historia de amor desarrolla un tema que Altamirano elabora en varias ocasiones: el joven pobre y despreciado que logra demostrar su valor mediante su orgullo y su laboriosidad, frente a la joven bella y acomodada que no se atreve a contrariar los designios familiares confesando su amor. Se trata de un “idilio inocente como una flor de la montaña; pero en el que se mezcla el sufrimiento que está atormentando dos corazones” (p. 104). Con todo, el elemento positivo lo aporta de nuevo la vida del campo pues Pablo, el muchacho enamorado, al regresar del ejército, se dedica a sembrar una hermosa plantación que lo avala como hombre de bien.

En las tres partes es evidente la presencia positiva de la naturaleza. Se ubica la acción en una zona montañosa bien definida en la cual la tradición se ha venido consolidando a través de las generaciones. Todo el proceso de la vida se enmarca en este espacio determinado que no es perturbado por la presencia de extraños. A ese lugar, agreste pero atractivo, llega el buen cura español predicando las bondades de una vida laboriosa, más con el ejemplo que con la doctrina de Cristo. Ese mismo lugar es alcanzado por la guerra en forma de levadas de reclutamiento y a esa misma zona llega el capitán buscando descanso en su camino. Ninguna de estas presencias genera un cambio en la región, más bien motivan un desarrollo en el ciclo vital, en las creencias, en la moral, en las costumbres.

El buen cura refiere a su invitado, en términos modestos, la serie de cambios positivos que con el ejemplo, la motivación y la conciliación ha logrado en la aldea:

Las costumbres, ya de suyo inocentes, se han mejorado: hemos fundado escuelas, que no había, para niños y para adultos; se ha introducido el cultivo de algunas artes mecánicas, y puedo asegurar a usted, que sin la guerra que ha assolado a toda la comarca, y que aún la amenaza por algún tiempo, si el cielo se apiada de nosotros, mi humilde pueblecito llegará a disfrutar de un bienestar que antes se creía imposible. (p. 98)

Del mismo modo, se introducen mejoras en la dieta tradicional, en el arreglo de la casa y del pueblo, en la iglesia e incluso en las relaciones entre vecinos. En pocas palabras, se produce toda una transformación en la vida cotidiana. Con todo, la esencia de estas modificaciones está en la armoniosa relación que tienen los habitantes de la aldea con la naturaleza y entre ellos mismos. La transformación es esencialmente cualitativa: sin cambiar de lugar se mejoran las condiciones materiales y espirituales de la existencia. El respeto a la naturaleza es lo que le da nuevo sentido a la vida cotidiana.

Hay un elemento narrativo que le confiere cierto dramatismo a los acontecimientos. Se trata de la historia de un maestro, quien casi pierde la vida víctima del fanatismo religioso encendido por el cura del pueblo vecino. Aquí el contraste es evidente pues aquel cruel levita mira únicamente por su interés y no se preocupa por la salud espiritual de sus feligreses. En este episodio la naturaleza aparece tan solo como fuerza negativa en forma del barranco en que va a ser arrojado el preceptor. No puede ser más elocuente el contraste entre el cura fanático del otro pueblo y el hermano cura que le arrebató su víctima.

También se pueden señalar similitudes evidentes entre el capitán, el buen sacerdote y Pablo pues los tres han asumido el camino de la vida con sinceridad, persiguiendo unos ideales que se logran plenamente en el cura y en el chico, quedando apenas sugeridos en el caso del militar. Igualmente evidentes aparecen las coincidencias entre el discurso progresista del buen sacerdote y los ideales por los que lucha el capitán quien así lo reconoce cuando piensa en la posibilidad de “que un clero ilustrado y que comprendiese los verdaderos intereses cristianos, viniese en ayuda del gobernante” (p. 110).

La base folclórica del relato se percibe en la reelaboración de importantes vecindades idílicas tales como la relación entre el viejo y el niño, representando el inicio y el fin de la existencia, y por ello mismo, la continuidad del ciclo vital. También aparece, con ocasión de las festividades navideñas, la vecindad entre edades y generaciones que reafirma la continuidad de ese mismo ciclo. Del mismo modo las fiestas dan lugar a la vecindad *comida/niños/familia*, significando la renovación y continuación de la vida. La estrecha vecindad en la que aparecen el cura español y unos ancianos indígenas, tío Francisco y tía Juana –reputados como auténticos, no mezclados–, adquiere en este caso toda la significación que pretende darle Altamirano pues el ideal que propone es el de la convivencia y la tolerancia que genere la armonía para buscar el progreso de la sociedad. Los viejos indígenas aparecen particularmente significativos en la noche de Navidad pues en contraste con la ciclicidad del acontecimiento ellos sirven para atenuar el lapso del tiempo y sugerir la eternidad del paraíso natural que se configura en ese idilio. Otra vecindad propiciada por el autor es aquella en que aparecen el alcalde, el cura, el maestro y el militar presidiendo las fiestas navideñas.

Se puede percibir con claridad que el autor retoma de la tradición una serie de elementos folclóricos que funcionan como metáforas del ciclo vital en claro paralelismo con la naturaleza. Del mismo modo, una serie de elementos significan la continuidad de la vida y el ritmo atenuado de la existencia en esa región centrada en las actividades campesinas. Con todo, Altamirano agrega, a partir de su intuición creativa, elementos que no son tan naturales pero que han sido asumidos por la tradición y que se pretenden exaltar desde una perspectiva liberal. La armónica coexistencia entre los pobladores logra su máxima expresión en el respeto y la amistad mutua entre el cura español, consejero, espiritual, y el tío Francisco, símbolo de la justicia y de la rectitud indígena. Esta vecindad *indio/español* deviene en metáfora de la conciliación en el texto de Altamirano. Del mismo modo funciona la vecindad *cura/maestro/militar/alcalde*:

El cura se quitó el sombrero delante del alcalde, dando así un ejemplo del constante respeto que debe tenerse a la autoridad emanada del pueblo. (p. 104)

—Señor —respondió el maestro de escuela dirigiéndose a mí— ya he dicho a usted que todo lo que sé lo debo al hermano cura; (p. 113)

reforzando la propuesta de trabajo conjunto para construir la nueva nación mexicana, mediante el progreso sustentado en la sana convivencia y en la educación como garantía de futuro.

## El idilio amoroso

Dentro de esta novela regional hay un pequeño idilio amoroso que cobra especial significación: los amores de Carmen y Pablo, quienes se diferencian por su extracción social y por el diverso camino de vida que han seguido. Carmen es sobrina del alcalde municipal e hija de uno de los hombres acomodados del pueblo. Pablo ha quedado huérfano desde niño y al cuidado de una anciana tía quien muere pronto. El muchacho tiene cualidades que lo hacen especial pero al mismo tiempo es muy dado a los galanteos por lo cual Carmen, en un principio, no parece interesarse por él. El rechazo de la joven genera una crisis en las buenas costumbres del muchacho quien con esta actitud se convierte en mal ejemplo, por lo cual es remitido por el alcalde como soldado en las levas de la guerra civil.

Esta separación, producto de un castigo que intenta corregir al díscolo, propició el enardecimiento del incipiente amor que Carmen sentía sin atreverse a confesarlo. Todo el pueblo comparte la angustia de la chica. Al regresar del ejército después de dos años de servicio en las armas, Pablo se dedica a trabajar una parcela alejada del pueblo y no entra en contacto con nadie: esta actitud se interpreta como un serio resentimiento hacia la comunidad que lo había marginado. El cura funciona entonces como intermediario para que Pablo baje al pueblo en la noche de Navidad y se produzca el reencuentro. Finalmente, el capitán ayuda para que por fin la pareja se declare mutuo amor y se prometan matrimonio.

Este idilio amoroso se construye con las mismas características del idilio del trabajo agrícola que funciona en toda la novela.



Sin embargo hay elementos particulares, como por ejemplo, el contraste evidente entre la simplicidad de la vida de Pablo, tanto antes como después de su participación en la guerra, con la complejidad de las convenciones sociales que le impiden a Carmen aceptar su amor desde el principio. En este aspecto se refuerza la exaltación de la autenticidad tradicional campesina en contraste con la serie de imposiciones producto de nuevas relaciones sociales, menos auténticas, más alejadas de la naturaleza; estas nuevas relaciones generan una evidente escisión en la cotidianidad produciendo una esfera privada diferente a la esfera pública que se comparte con todos los miembros de la sociedad.

En el idilio amoroso elaborado por Altamirano la vida se reduce al amor totalmente sublimado, al punto de contraponer el tiempo orgánico, marcado por los ciclos vitales, al tiempo histórico. En este caso la Navidad tiene un valor cercano al ciclo natural en la medida que marca un acontecimiento importante para una comunidad que no tiene conciencia del tiempo histórico más que como referencia accidental,

Altamirano capta la sencillez de la vida y el sentido que la ocasión guarda aun en esta sociedad sin complicaciones. Al hacerlo así, crea el deseo intenso de una suerte especial de bien comúnmente asociado al pasado y, siempre, a la vida sencilla. (Brushwood, 1992: 202)

Otro elemento típico del idilio amoroso es el héroe que se separa de la región por alguna causa y luego regresa. En este sentido ya se mencionó el caso de Pablo, quien, reclutado con el fin de corregir su comportamiento, regresa convertido en un laborioso y virtuoso campesino. Es de señalar que lo que en principio se vio como castigo se convierte en oportunidad de conocer

ideas sobre agricultura y horticultura. La metáfora del hijo pródigo se hace evidente pues su regreso no produjo más que alegría y el deseo de recuperarlo para la comunidad. El ejército, aquí, funciona como elemento formador en un sentido positivo.

El encuentro entre el cura español y el capitán en el camino montañoso, es el preludio del descubrimiento de ese paraíso autossuficiente en el cual se ha convertido la región. Esa especie de utopía natural congrega a una comunidad perfectamente identificada con los ideales que les propone el buen sacerdote; al mismo tiempo son conscientes de la riqueza que poseen en su tradición y en su cultura, decidiendo conservarla en medio del orden y de la paz. Personajes fundamentales del relato como el joven Pablo, la bella Carmen, el maestro o los ancianos indígenas evidencian la unidad de vida de las generaciones. La tranquilidad, el sosiego, la armonía, el trabajo y la sana convivencia que se aprecian en la aldea hacen que se borren las fronteras del tiempo y que el paso de la vida se señale apenas por los ciclos naturales que tienen que ver con la vida campesina. Acontecimientos especiales que se inscriben dentro de ese ciclo, como la celebración de la Navidad, sirven más bien para destacar cómo la armonía de la colectividad se logra precisamente por esa integración entre los acontecimientos humanos y el devenir de la naturaleza.

Bien mirado, el tiempo en que se desarrollan los hechos narrados en *La Navidad en las montañas* no llega a los dos días: horas que transcurren entre el encuentro con el párroco y la despedida del día veintiséis. Con todo, en ese breve lapso el narrador nos da una clara imagen de los tres años en los cuales el sacerdote español ha estado transformando al pueblo pero también sugiere la idea de toda una vida de transcurrir de generaciones y tradiciones en ese privilegiado lugar de las montañas.

En escaso día y medio el capitán es testigo de las realidades fundamentales de la vida del pueblo tales como el trabajo agrícola, la educación, los amores y desamores, la alimentación, el crecimiento y desarrollo de las generaciones e incluso el matrimonio. Sólo la muerte parece quedar al margen de este idilio agrícola. Sin embargo, estas realidades no son presentadas desde una perspectiva realista o como parte de una monografía sociológica sino desde una mirada idealista y sublimada que llega incluso a la melancolía. Como ha señalado Karl Hölz,

Altamirano aclara sus novelas con conceptos que hacen referencia constante al sentimiento. En su novela corta *La Navidad en las montañas* se nos ofrece mediante los cantos populares y villancicos pastoriles un cuadro a cuyo sentimentalismo nadie puede sustraerse, ni siquiera el guerrero liberal que, lleno de emoción, admira el mundo idílico que se le presenta. (Hölz, 1990: 389)

En este caso no se puede hablar simplemente de lo cotidiano, pues cada uno de estos aspectos adquiere una importancia fundamental en la medida en que, en conjunto, constituyen la esencia de la existencia.

Como conclusión, diremos que en *La Navidad en las montañas* Altamirano recoge la tradición folclórica y establece, por medio del lenguaje, un estrecho paralelo entre los fenómenos de la naturaleza y los acontecimientos de la vida humana. La referencia al trabajo agrícola, al cultivo, al pastoreo, las estaciones, la riqueza o la pobreza de la tierra, a la cosecha o a la siembra, adquieren significación temática de la vida humana, del consenso logrado por la comunidad, de la armonía colectiva, en suma, de la paz y la tranquilidad que allí se respiran. El idilio

amoroso, por su parte, se convierte en metáfora de la lucha por unos ideales, lucha que se estrella a veces con la incomprensión o la miopía pero que al final logra su realización. El camino de la vida del sacerdote español aparece como modelo del cual, en menor escala, es imitación el camino de Pablo y, colateralmente, el del capitán.

Altamirano desarrolla su pensamiento conciliador e idealista por medio de una síntesis poética. Si toda obra de arte es una metáfora, realiza una transposición, hay que decir que en *La Navidad en las montañas* el autor parte de una base folclórica y desarrolla un discurso que transforma una tradición en un ideal. Toma una sociedad campesina y autosuficiente para ver en ella un futuro ideal, rompiendo así los límites del regionalismo. Ese futuro ideal le sirve, al mismo tiempo, para criticar su sociedad contemporánea. En este proceso Altamirano logra construir un relato unitario, lleno de significaciones, por medio de una solución idílica al problema del tiempo: propone un futuro a partir de una comunidad autosuficiente por la conciliación de los intereses de sus miembros, al tiempo que se logra un adecuado equilibrio entre el respeto a la tradición y el desarrollo de las nuevas posibilidades. Del mismo modo, establece un significativo contraste entre el cronotopo externo –la historia de la guerra civil a través de la figura del capitán– y el cronotopo interno –el idilio del trabajo agrícola con su atractivo componente amoroso–, generando una visión de la realidad que va más allá del simple emblema pues, acudiendo a una especie de hipérbaton histórico, propone como modelo a seguir, la dinámica de la sociedad ejemplar que encontró en las montañas.

La imagen del hombre que se expresa en el texto va más allá del buen salvaje y de la simple utopía. Altamirano parte del buen sacerdote que practica el auténtico evangelio y que hace

parte de un clero ilustrado que apoya al gobierno en su tarea administradora. Señala claramente en su relato la interacción armoniosa entre el gobierno, el ejército, la educación y la iglesia para impulsar el proyecto de nación mexicana en que se encuentra empeñado.

## Bibliografía

- Altamirano, Ignacio Manuel. *El Zarco. La Navidad en las montañas*. 18a. ed., Introducción de María del Carmen Millán. colección "Sepan cuantos..." No. 61. México, Porrúa, 1989.
- . *Clemencia. Cuentos de invierno*. 15a. ed. Colección "Sepan cuantos...", México, Porrúa, 1991.
- . *Antología*. Selección y prólogo de Nicole Girón. México, UNAM, 1981.
- Bajtín, Mijail M. *Teoría y estética de la novela*. Trabajos de investigación. Madrid, Taurus, 1989.
- Brushwood, John S. *México en su novela. Una nación en busca de la identidad*. 2a. ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Hölz, Karl. "El populismo y la emancipación mental en la literatura mexicana del siglo XIX", en: *Literatura Mexicana*. Vol. 1, 1990, Núm. 2, pp. 373-392.
- Yáñez, Mirta (ed.) *La novela romántica latinoamericana*. Serie valoración múltiple, La Habana, Casa de las Américas, 1978.